RECENSIONES

OLIVO, Jorge del, *Los moriscos de Calatayud y de la Comunidad de Calatayud (1526-1610)*, Teruel, Centro de Estudios Mudéjares, 2008, 214 (serie Estudios Mudéjares).

Abundantes son las investigaciones y la literatura dedicadas al tema de los moriscos españoles, y es previsible que su volumen aumente de manera considerable en torno a 2009, fecha en que se cumplen 400 años de la promulgación y del comienzo de la aplicación de la orden de expulsión dictada por Felipe III.

Como muestra, un botón: según una información difundida el 10 de marzo de 2009 a través de la página web de la Fundación Española de Historia Moderna¹, La Librería de Cazarabet, establecimiento ubicado en la localidad turolense de Mas de las Matas, anuncia que ya dispone de las siguientes novedades editoriales sobre el asunto: *Los moriscos de la ciudad de Huesca. Una convivencia rota*, de Ánchel Conte Cazarro (Instituto de Estudios Altoaragoneses), *Juan Ripol y la expulsión de los moriscos de España*, de Santiago Talavera Cuesta y Francisco J. Moreno Díaz (Institución "Fernando el Católico"), *El puerto de Dénia y el destierro morisco (1609-1610)*, de Manuel Lomas Cortés (Publicacions de la Universitat de València), *Los moriscos de Calatayud y de la Comunidad de Calatayud (1526-1610)*, de Jorge del Olivo (Centro de Estudios Mudéjares), y *La expulsión de los moriscos del Reino de Aragón. Política y administración de una deportación (1609-1611)*, también de Manuel Lomas Cortés (y también del Centro de Estudios Mudéjares). A dichos títulos añade, además, la obra *Expulsión y diáspora de los moriscos*, estudio inédito del erudito madrileño Gregorio Marañón (1887-1960) publicado por Taurus en 2004 tras la celebración de la Semana Marañón correspondiente al año anterior, en la que participaron como ponentes los historiadores Joseph Pérez, Luis Suárez y Gonzalo Anes.

Entre otras cosas, los títulos mencionados reflejan el esfuerzo editorial que están realizando los principales centros de estudios de Aragón (responsables de cuatro de esas seis obras) para contribuir a colmar la laguna de conocimientos de que todavía adolecemos al respecto de los moriscos aragoneses. De hecho, especialistas como Gregorio Colás Latorre han hecho reiteradas advertencias sobre la desigual atención prestada a los moriscos de los reinos de Granada, Valencia, Castilla y Aragón, en beneficio de los tres primeros territorios, fenómeno debido entre otras cosas a la existencia de documentación

1. La información ha sido consultada por línea el 10/03/2009 en la dirección <http://www.moderna1.ih.csic.es/fehm/FMPro?-db=boletin.fp5&-format=buscar_resulta_detalle.htm&-op=eq&novedad=si&-op=eq&validado=V&-recid=35236&-token=UltimasNoticias&-find>.

más abundante y accesible referida a ellos². A título de ilustración, me limitaré a citar aquí un comentario de otro investigador, Juan Ramón Royo García, quien recuerda que los autores de una de las obras clásicas sobre el asunto “sólo dedicaban siete líneas para referirse a la conversión de los moriscos aragoneses frente a las informaciones detalladas para Granada y Valencia”³.

Según confesión del propio Jorge del Olivo (p. 9), su estudio se incardina en la línea de trabajo aludida, que no sólo pretende renovar la historiografía sobre la comunidad morisca en Aragón, sino que, además, trata de equiparar el grado de conocimiento sobre ella con el que ya se tiene de los casos valenciano o granadino. Del Olivo recuerda las principales contribuciones a la renovación de los estudios sobre los moriscos aragoneses (y sobre los bilbilitanos en particular), haciendo especial hincapié en los esfuerzos realizados por el Instituto de Estudios Turolenses y el Centro de Estudios Mudéjares, plasmados en la celebración, desde 1975, de los Simposios Internacionales de Mudejarismo y en la publicación de la revista *Sharq al-Andalus* y de la serie de monografías que lleva por título “Estudios Mudéjares”. Pero, de modo más preciso, el autor reclama como piedra angular de sus hipótesis de trabajo las ponencias presentadas en 1996 al séptimo de dichos simposios mudéjaristas por los historiadores Serafín de Tapia Sánchez, Santiago La Parra López y Gregorio Colás Latorre, con especial mención del trabajo de este último (p. 11).

De hecho, los cinco capítulos y las conclusiones del libro de Jorge del Olivo desarrollan, con el refuerzo del apéndice documental que cierra el volumen, un discurso que insiste en la necesidad de acercarse a los moriscos de Calatayud y su comunidad de aldeas sin los prejuicios derivados de la imagen perversa del morisco que comenzó a elaborarse en la segunda mitad del siglo XVI con vistas a justificar su expulsión⁴. Unos prejuicios que todavía perviven en la actualidad, como se desprende del empleo habitual del término “morisco”, que adquirió tintes peyorativos y se popularizó sobre todo a partir de

-
2. Como no se trata de resultar exhaustivo, véanse las consideraciones que sobre el asunto hizo dicho autor ya en Gregorio COLÁS LATORRE, «Los moriscos aragoneses y su expulsión», en *Destierros aragoneses. I. Judíos y moriscos*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 1988, pp. 189-215.
 3. Juan Ramón ROYO GARCÍA, *La Bula Salvática en el condado de Morata*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2005, p. 7, n. 6. La obra a la que se refiere es la de Rafael BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO y Eugenio CISCAR PALLARÉS, «La Iglesia ante la conversión y expulsión de los moriscos», en *Historia de la Iglesia en España*, Madrid, La Editorial Católica, 1979, t. IV, pp. 253-307.
 4. Hace ya años que Teófanés Egido explicó que en los memoriales de las Cortes castellanas del siglo XVI “se percibe el paso a la fabricación y difusión del mito de la peligrosidad temible de la minoría [...] El mito está perfectamente trazado ya desde el decenio de 1590: los moriscos buscan la destrucción de los reinos” (Teófanés EGIDO LÓPEZ, «Las Cortes y la cultura», en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Moderna. Actas de la Segunda Etapa del Congreso Científico sobre la Historia de las Cortes de Castilla y León. Salamanca, del 7 al 10 de Abril de 1987*, Valladolid, Cortes de Castilla y León, 1989, p. 424).

1610, viniendo a sustituir en el discurso oficial a la expresión “nuevo convertido”, de uso general en la documentación coetánea.

Para combatir tal imagen y la construcción ideológica que la sustenta, Del Olivo recurre a dos herramientas que confieren a su trabajo un tono crítico ciertamente interesante: por un lado, se ampara en una sólida bibliografía que maneja con sentido crítico y en la que se combinan estudios realizados por historiadores (a los ya citados De Tapia, La Parra y Colás, cabe añadir otros de Antonio Domínguez Ortiz, Bernard Vincent, Henri Lapeyre, Rafael Benítez Sánchez-Blanco, María José Cervera Frías y María Isabel Álvaro Zamora, amén de los escritos clásicos sobre el tema) con otros surgidos en el ámbito de la antropología (Manuel María Marzal, Elio Masferrer Kan y Clifford Geertz, por ejemplo) y de la sociología (Émile Durkheim, principalmente). A partir de tales lecturas infiere con acierto la necesidad de distinguir entre “identidad” y “personalidad” (p. 23), prefiriendo aquella noción a esta por cuanto implica atender al contexto específico en que se manifiesta. Un contexto que se revela fundamental para comprender la religiosidad de los nuevos convertidos sin reiterar los lugares comunes que han servido de base a la identificación de estos como una quinta columna del Imperio otomano, fiel a su fe y sus ritos musulmanes (que seguían practicando en secreto) y presta a alzarse en armas contra los católicos, tenidos por enemigos irreconciliables⁵.

Ahora bien, con ser importante esta herramienta, resulta aún más ilustrativa la segunda: el elenco documental que maneja Jorge del Olivo. Pese a ser de modestas dimensiones y comportar a menudo dificultades de acceso y consulta (por no hablar de los desiguales resultados que suele reportar su análisis), los fondos concejiles, parroquiales y notariales de los que se sirve le ayudan a aquilatar las hipótesis planteadas en el primer capítulo del libro, abonando la idea de una comunidad de nuevos convertidos aragoneses capaz de convivir con sus coterráneos cristianos viejos. De hecho, llama la atención la insistencia del autor en la escasa diferenciación entre los miembros de ambos grupos, constatable a través de la documentación, que en ciertas ocasiones hace imposible identificar quiénes son en realidad cristianos nuevos (pp. 25-26).

Esta idea se trasluce a lo largo del capítulo 3 (el más extenso del volumen, puesto que sus 67 páginas ocupan casi la tercera parte de este), donde se analiza «La vida cotidiana de las comunidades moriscas». En él se corroboran la igualdad de cristianos nuevos y viejos ante las instituciones del reino (p. 62) y la presencia de aquellos en todos los sectores fundamentales de la economía de la Edad Moderna (p. 115), hechos ambos que también obligan a reconsiderar la imagen tópica del morisco y de las actividades productivas a las

5. A este asunto dedica el autor uno de sus trabajos precedentes: Jorge DEL OLIVO FERREIRO, «Religiosidad morisca. Los nuevos convertidos de Calatayud y la Comunidad de Calatayud ante su nueva religión», en *Actas del X Simposio Internacional de Mudejarismo: 30 años de Mudejarismo, memoria y futuro [1975-2005]*, Teruel, Centro de Estudios Mudéjares, 2007, pp. 413-432.

que se dedicaba para ganarse la vida. En este sentido, quizá la información más sugerente sea la referida al cultivo de la vid en propiedades de gran tamaño (p. 104). Del Olivo pone este hecho en relación con la existencia de nuevos convertidos que por la misma época trabajan en Zaragoza como lagareros de vino, y no descarta que la producción obtenida en dichas explotaciones se destinase a la elaboración de vino, e incluso que este se destinase al autoconsumo, contraviniendo de modo evidente los preceptos coránicos (pp. 104-105). A la vista de los datos reunidos, el autor insiste en sus conclusiones en que “La imbricación del nuevo convertido en la economía de los siglos XVI y XVII no conoció más límite que el que se pudiese derivar de la estricta aplicación de los estatutos de limpieza de sangre” (p. 155).

En suma, entiendo que el estudio de Jorge del Olivo constituye un hito importante en el camino emprendido en pos de la renovación historiográfica de nuestro conocimiento sobre los nuevos convertidos aragoneses. Adoptando una postura crítica hacia la literatura clásica sobre el asunto, ha sido capaz de explotar un corpus documental inédito que contiene información que ilustra la compleja realidad de dicha minoría, que en el caso aragonés parece que fue una “parte indiferenciada” (p. 13) de la sociedad aragonesa. Evidentemente, los usos y prácticas religiosos no se olvidan con facilidad, por lo que es plausible pensar que pudo haber criptomusulmanes entre los recién convertidos o sus descendientes. Pero, a la vista de la documentación que se va conociendo, no es correcto sostener, como se ha venido haciendo, que todo el grupo seguía islamizando en secreto. Antes al contrario, las fuentes corroboran la hipótesis de la convivencia y de la tendencia a la asimilación de la minoría, circunstancia que en el terreno económico y jurídico llegó a producirse, como ya se ha apuntado.

Dos ejemplos pueden resultar ilustrativos del grado de convivencia alcanzado o, cuando menos, refuerzan la idea de que los nuevos convertidos no eran tenidos como una amenaza por sus convecinos: el primero, aportado por el autor, nos revela que una morisca, Gerónima de Alcanillo, “regentó una posada a pesar de las instrucciones que daba la Suprema en contra de que esto sucediese, por la posibilidad que ofrecía de encubrir la apostasía de su dueño y sus correligionarios” (p. 156). El segundo, del que ya hablé en su momento⁶, se contiene en la declaración de Juan de Luna, diputado del reino en 1591 y una de las cabezas del levantamiento contra Felipe II que tuvo lugar en dicho año. Según este testimonio, cuando el Justicia de Aragón y la Diputación trataron de reunir un ejército para resistir al que enviaba el rey, enviaron cartas “a los lugares de moriscos realengos para que viniesen a acompañar al Justicia para la dicha salida contra el exercito de Su Magestad conforme a las letras conbocatorias que se havian en-

6. Jesús GASCÓN PÉREZ, «El “vulgo ciego” en la rebelión aragonesa de 1591», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 69-70, 1994, pp. 112-113. La confesión del diputado le fue tomada el 20 de abril de 1592 en el castillo de Santorcaz, donde se encontraba preso, y hoy se conserva en el Archivo General de Simancas, sección Estado, 1. 37, f. 40v.-41.

biado por el reino". Para dicho cometido se recurrió a un "morisco sambenitado", Juan de Albariel, en cuyas manos se pusieron las misivas para Brea, Calatorao y Sabiñán, y a quien se pidió consejo sobre las personas a las que se podría encomendar el mando de los soldados aportados por dichas aljamas. En palabras del diputado, "el dicho Albariel nombro a Francisco Muñoz, del avito de San Juan, natural de Calatayud, y a Miguel de Heredia, vezino de Saviñan, primo de la muger de Alonso de Contamina, porque eran conocidos de dichos lugares. Y este que declara y el dicho Justicia nombraron por caudillos y capitanes de las dichas aljamas y les hizieron sus patentes de capitanes y caudillos dellas, y las unas y las otras dieron al dicho Juan de Albariel para que las enviase".

El hecho de recurrir a la minoría conversa resulta llamativo, pero lo es todavía más el argumento con que justicia y diputado vencieron la resistencia inicial de Albariel a comprometerse en el movimiento de resistencia a Felipe II. Según Luna, "por el dicho Justicia y este confesante se le dixo que pues era para servicio del reyno y eran aragoneses y goçavan de las libertades como los demas regnícolas, en tal ocasion no tenia de que embaraçarse, porque si se tomavan las armas con efeto, como estava acordado, no tenia de que temer". Semejante afirmación no es gratuita, sino que se ve refrendada por la documentación, y en otros lugares de Aragón, como es el caso de Huesca, se han encontrado testimonios que corroboran la plena integración de los nuevos convertidos en la sociedad aragonesa de la Edad Moderna. A este respecto, Ánchel Conte Cazcarro concluye que "eran tan aragoneses como los cristianos viejos y se regían por el Fuero de Aragón", y Gregorio Colás Latorre subraya que "desde su bautizo, eran oscenses en el pleno sentido de la palabra y también por ley"⁷.

A la vista de estos ejemplos y de otros que sin duda la documentación seguirá proporcionando, parece posible concluir que la revisión historiográfica iniciada goza de buena salud y tiene ante sí un futuro prometedor. Siempre, claro está, que se siga investigando de forma rigurosa y sin descanso. En este sentido, aportaciones como la de Jorge del Olivo resultan estimulantes, sobre todo cuando se hacen con la prudencia que demuestra el pasaje con que cierra su discurso: "Que pueda extrapolarse esta semblanza al conjunto de Aragón [...] es una posibilidad que ha de esperar su confirmación a través de más estudios locales y mediante la elaboración de síntesis interpretativas que lleven a un estado superior el conocimiento de la minoría" (p. 158).

Jesús GASCÓN PÉREZ

7. Ambos juicios se expusieron en el acto de presentación del libro de Conte Cazcarro mencionado líneas atrás, según se informa en *Diario del Altoaragón*, 26 de febrero de 2009, p. 41.